

Nueva tipología de la mujer

Por Dora Bazán Montenegro

Doctora en Educación, Filosofía Románica, Lingüística y Literatura.
Profesora emérita de la UNMSM y directora del Instituto de Estudios
Clásicos y Orientales de la URP.

Los tipos de mujeres de una sociedad se encuentran en una relación estrecha con la cultura del pueblo que las cobija. En una novela japonesa del siglo IX, la autora escribe sobre su matrimonio infeliz con un cortesano que practicaba la poligamia y la regla de que las mujeres debían permanecer ocultas de trato con otros hombres que no fueran su esposo y su padre¹. En cambio, la mujer entre los indios Sioux es considerada sagrada, pues ella transmite los valores ancestrales². En nuestra cultura peruana occidental, derivada de la cultura judeocristiana, la mujer es vista como la tentadora Eva; y quizás por el hecho de que Ricardo Palma³ fue hijo de madre soltera, en sus tradiciones tiene especiales deferencias con la mujer-madre.

En Ricardo Palma aparecen varios tipos de mujeres, entre las que destacan la mujer-mujer, la mujer-hombre y la mujer-madre.

-
- 1 Iván Pinto. El mundo de Kagero Nikki. En *La mujer en varias culturas*. Lima, Editorial Supergráfica E.I.R.I., pág. 29 al 37.
 - 2 Sev. Menahem Winder. Un judío entre los indígenas norteamericanos. En *Revista La Lámpara azul*, No 2. pág. 25 al 34.
 - 3 Ricardo Palma. *Tradiciones Peruanas completas*. Tradición y prólogo de Edith Palma. Madrid, 1964.

La mujer–mujer

La mujer–mujer es la que aparece con más frecuencia en las Tradiciones y, para ser considerada tal, debe contar con algunos requisitos esenciales. El primero de todos es el de la edad, que debía encontrarse entre los veinte y los cuarenta años. Así lo señala Palma en su tradición “La fruta del cercado ajeno” en la que explícitamente anota:

Era nuestra protagonista del número de la mujer que a los quince años es perla de rico oriente; a los veinte, coral primoroso; a los veinticinco, brillante pulimentado; a los treinta nácar transparente; de los treinta y cinco a los cuarenta, espléndido mosaico, después arcilla, y a los cincuenta,... roca pelada (op. cit. pág. 128).

Solo Marianita Belzunce, protagonista de “El divorcio de la condesita” (op. cit. 598–561) que, por la presión de su tía, contrae matrimonio con un anciano que “pasaba los sesenta octubres y era más feo que una excomunión” (op. cit. pág. 600). Marianita, que tenía trece años, estaba desesperada pero, al ser huérfana y al estar prohijada por doña Margarita que era su tía, madrina y tutora, no tuvo otra opción que hacer lo que le imponía. Ricardo Palma expresa su desacuerdo de manera implícita a través de una de sus tradicionales coplillas: “No te cases con viejo por la moneda: la moneda se gasta y el viejo queda” (op. cit pág. 600).

El hecho es que, según lo relata el tradicionista, la juventud de Marianita contrasta con su madurez al defender sus derechos que hace esperar al anciano, año a año, hasta que murió sin alcanzar convivir con ella:

Señor marido aunque vuesa merced es mi dueño y mi señor,
jurado tengo, en Dios y en mi ánima, no ser suya hasta

que haya logrado hacerse un lugar en mi corazón; que vuesa merced ha de querer compañera y no sierva. Haga méritos por un año, que tiempo es sobrado para que vea yo si es cierto lo que dice mi tía: que el amor se cría.

El conde gastó súplicas y amenazas, y hasta la echó de marido; pero no hubo forma de que Marianita se apease de su ultimátum (op. cit. pág. 600).

Y así siguió ocurriendo hasta que la víspera de vencerse el plazo para vivir con su marido, Marianita desapareció y se puso bajo la protección de su prima la abadesa de Santa Clara. Los reclamos del anciano llegaron al poder judicial y “tal desarreglo lo llevó pronto al sepulcro, y puso fin al litigio.” Marianita Belzunce salió entonces del claustro virgen y viuda, joven, bella, rica e independiente, presumo que (esto no lo dicen mis papeles) encontrará prójimo que, muy a gusto de ella, entrase en el pleno ejercicio de las funciones maritales, felicidad que no logró el difunto (op. cit. 601).

La edad es pues de mucha importancia y así lo revelan los adjetivos que Palma coloca junto a los numerales escribiendo no solo sobre las “trece primaveras” muy lozanas de Marianita y de los “sesenta octubres” de su esposo el conde, sino de los “cuarenta y cinco diciembres” de otro personaje de las tradiciones (op. cit. pág. 112). Todo ello provoca en el lector, según señala Charles Bally en *El Lenguaje y la vida*, “El choque de dos ideas no impresiona mucho si no se impone al oído, de algún modo, al mismo tiempo que al espíritu”⁴.

No queremos ahora referirnos a los otros rasgos de la mujer-mujer que Palma considera en detalle, pues de ellos escribimos

4 Ayurveda. La ciencia de curarse a sí mismo. Dr. Vasant Lad: México, D.F. Arbol editorial, s.a. de C.L, 1988 – pág. 15 y 21–23.

en libros anteriores⁵. Pero si queremos insistir en que Teresa Méndez, que aparece en la tradición de “Dos millones”, era su preferida entre las mujeres que aparecen en las tradiciones:

Teresa Méndez era, en 1826 una preciosa joven de veintiún años de ojos grandes, negros decidores, labios de fuego, brevísima cintura, hechicero donaire, todas las gracias, en fin, y perfecciones que han hecho proverbial la belleza de las limeñas. (op. cit. pág. 47).

La cita anterior se refiere a la mujer limeña que, según Luis Alberto Sánchez, es su preferida cualquiera sea su edad, su conducta o su condición social. Lo prueba:

...Veremunda una mozuela de veinte años bien llevados, color de sal y pimienta, que no siempre han de ser de azúcar y canela; ojos negros como el abismo y grandes como desventura de poeta romántico, de esos ojos que parecen frailes que predicán muchas cosas malas y pocas buenas; boca entre turrón almendrado y confitado de cerezas; hoyito en la barba tan mono que si fuera pilita, más de cuatro tomaran agua bendita; tabla de pecho toda esperanza, como en vísperas de boda, pie de relicario y pantorrillas de catedral. Al andar, unas veces titubéandola las caderas, como entre merced y señoría, y otras se balanceaba como barco con juanetes y escandalosa en mar de leva, vestía faldellín listado de lino de angaripola de Holanda, medias color carne de doncella, zapatitos negros con lentejuelas de plata y camisolín de hilo flamenco con randas de la costa abajo, dejando adivinar por entre el escote un par de prominencias de caramelo coralino (op. cit. pág.530).

5 Ayur Veda, op. cit.

Cabe anotar de lo señalado hasta aquí que las cualidades que más se destacan en los retratos palmistas son la belleza y la juventud.

En dos libros sagrados de la India, en el Shrimad Bhagavatam, y en el Bhagavad Gita, que aparece en el sexto capítulo del Mahabaratha, la epopeya hindú que es a su vez la más larga de la literatura universal pues duplica, muy largamente, a la Iliada y la Odisea juntas, se anota que Dios, la Suprema Personalidad de Dios, Krishna, tiene numerosas opulencias, pero las seis principales son la belleza, la juventud, la riqueza, el poder, la fama y el desapego de lo material y que, en los seres humanos, solo son un pálido reflejo de aquella que adorna al “Supremo atractivo”. Insisto en que esta es la razón más profunda para que todos nos sintamos atraídos por la belleza, propia de la juventud, ya que solo Dios no envejece según la tradición hindú.

Ahora bien y siguiendo con la filosofía hindú, sabemos que nuestro mundo se caracteriza por la dualidad noche y día, tristeza y alegría, calor y frío, juventud y vejez, belleza y fealdad, etc. Palma captó este hecho a perfección y por eso señala en “Litigio original” que, entre los nobles españoles y primeros habitantes de Lima, los Ramírez de Laredo “tenían una hermana, fea como una maldición, siempre desgreñada y sucia, tartamuda y tonta para colmo de desdicha (op. cit. pág. 490). Otra mujer fea, es Degollación, coprotagonista de la tradición “Predestinación”, que se desarrolla en la ciudad universitaria de Salamanca; ella tenía “una cara más fea que el pecado de usura, y una voz de caña rota” (op. cit. pág. 490).

Como es posible observar en las citas anteriores, tanto la hermana de los Ramírez de Laredo, que hasta carece de nombre, como Degollación, eran feas; para describirlas Palma emplea, como en el caso de las mujeres hermosas, las figuras de la comparación. Comparaciones de igualdad, de superioridad o

inferioridad donde lo comparado son las mujeres feas y la cosa comparada siempre es un pecado.

Más aún, la fealdad a veces viene sola, pero numerosas son las oportunidades en que se encuentra acompañada de la vejez. Hablando de esta última Palma utiliza la figura de la hipérbole, como cuando se refiere a la tía de Visitación, la amada de Don Dimas de la Tijereta, diciendo que era “vieja como el pecado de gula” (op. cit. pág. 515).

Para concluir, debemos subrayar aun más de lo señalado en los ejemplos anteriores referidos a la fealdad y a la vejez, que el *tertium comparationis* es una enfermedad o un pecado, comparando la fealdad física con la moral. Esto alude a la relación entre el cuerpo físico y la conducta, según la cultura Védica, ya que antes de existir el cuerpo físico existe el cuerpo sutil que modela la forma tangible.

Palma logra reflejar lo antes señalado, creando una figura única en la literatura universal que llamaremos “animalización”. Lo hace para el prototipo de las mujeres que, védicamente, se hallan en el estadio de «tama guna» o inercia, de las que no tienen interés alguno en el conocimiento material ni espiritual y solo se ocupan de satisfacer sus necesidades básicas de comer, defenderse y aparearse. El caso paradigmático es Transverberación, de la tradición de “Justos y pecadores”, que es descrita de esta manera: “garrida joven de dieciocho eneros, zalamera, de bonita estampa, y recia de cuadriles” (op. cit. 333).

En la cita anterior, la definición de Transverberación como recia de cuadriles, Palma usa la comparación implícita ya que, sin emplear el término de comparación de igualdad “como” ni el de superioridad “más que” equipara –repetimos– a la mujer con los animales vacunos.

Se hace evidente que Palma no trata a Transverberación de la misma manera que a la española Engracia de Toledo a quien describe detalladamente en forma respetuosa y se pone contra las rivales de aquella.

Doña Engracia de Toledo... es una andaluza que frisa en los veinticuatro años y su hermosura es realizada por ese aire de distinción que imprimen siempre la educación y la riqueza (op. cit. pág. 334).

Con la española es solo asunto de simpatía por el personaje sin que importe a Palma su conducta pues doña Engracia es la que incentivó a que su hermano asesine a su novio quien no cumplía año a año con la promesa de matrimonio que le había hecho. No solo eso, sino que Palma no se contentó con ocultar la verdad de los hechos entre los que se hallan el haber permitido, Doña Engracia, que se acusara y matara a una inocente (el tío de Transverberación) y que se encerrara a esta en una prisión:

A la misma hora en que la cuerda apretaba la garganta del pobre diablo y que Transverberación era sepultada en un encierro, las campanas del monasterio de la Concepción, fundado pocos años antes por una cuñada del conquistador Francisco Pizarro, anunciaban que había tomado el velo Doña Engracia de Toledo, prometida del infortunado don Martín. ¡Justicia de los hombres! ¡No en vano te pintan ciega!

El barbero finó en la horca.

La sobrina remató por perder el poco o mucho juicio con que vino al mundo.

Doña Engracia profesó al cabo; dizque con el andar del tiempo alcanzó a abadesa, y que murió tan devotamente como cumplía a una cristiana vieja.

En cuanto a su hermano, desapareció un día de Lima, y...
(op. cit. pág. 337).

El contraste es pues evidente ya que no existe una sola palabra de conmiseración por la inocente que terminó loca en una prisión. Así lo revela el verbo: fue “sepultada” en un encierro.

Otro rasgo de la mujer – mujer que se une a la belleza y a la juventud, es el nombre propio con el que nomina a sus personajes. Lo hace con un especial cuidado pues el antropónimo tiene una relación muy estrecha con los rasgos físicos y morales, con las costumbres y hasta con los personajes que están relacionados con ellas. El nombre de pila y el apellido sirven de tarjeta de recomendación, a más de que su valor eufónico es el complemento de la belleza femenina:

Yo no acertaré a retratarla, ni hace falta. Bástame repetir con sus contemporáneos que era bellísima, pluscuambellísima.

Hasta su nombre era precioso. Háganse ustedes cargo: se llamaba María Isabel (op. cit. pág. 858).

La selección hecha ha sido muy cuidadosa pues no solo tiene el nombre de una santa sino también el de la madre del Señor Jesús. Más aun, no solo se trata del nombre propio sino también de los diminutivos y de los hipocorísticos.

Mencia es el nombre de una dama noble: doña Mencia de Vargas que, con su madre doña Lucrecia de Sanjoles, fundaron una Congregación de monjas bernardas de la orden del Císter (op. cit. pág. 144). Pero el mismo nombre lo tiene la protagonista de “Puesto en el burro, aguantar los azotes” en que Palma usa un hipocorístico con valor peyorativo y llama “Menciguela” (op. cit. pág. 219) a la protagonista que trabaja en una taberna.

Paradigmático es el caso que encontramos en la tradición “Mujer y tigre” *en donde la* protagonista es una verdadera Medea peruana llamada Sebastiana. Y así la llama a lo largo de toda la tradición, y solamente cuando palpa el dolor de la mujer por el desamparo e infidelidad de su amante Carlos que la deja con sus dos hijos, emplea el diminutivo:

El amor que había sentido por Sebastianita se desvaneció. Era amor gastado, y el mozo necesitaba andar a caza de novedades. Olvidó la palabra empeñada de casarse y legitimar a los dos niños habidos de sus secretos amores, y cuando menos lo esperaba la pobre enamorada, recibió una carta en que don Carlos le notificaba que había contraído matrimonio in facie ecclesiae con una hija del capitán de arcabuceros don Santiago Pedrosa, llamada doña Dolores (op. cit. pág. 242).

Según la filosofía *Samkhya*, en lo que se refiere a la creación, el hombre es un microcosmos en el que existen los cinco elementos básicos que conforman la materia: El éter (espacio), el aire, el fuego, el agua y la tierra. Estos cinco elementos se manifiestan en el funcionamiento de los cinco sentidos y en su fisiología: El éter a través del cual se transmite el sonido y se relaciona con la función del oído; el aire que se relaciona con el sentido del tacto; el fuego que se relaciona con el sentido de la vista; el agua que se relaciona con el sentido del gusto; la tierra que se relaciona con el sentido del olfato y la mente, que está por encima de ellos y es el sentido superior.

Anotamos el párrafo señalado porque es interesante señalar que Ricardo Palma, cuando se refiere al tipo de mujer-mujer, no alude nunca a los sentidos superiores como la mente y el oído.

Solo se refiere al sentido del tacto, de la vista, del gusto y hasta del olfato, a través de la figura literaria de la sinestesia.

La sinestesia del tacto la encontramos cuando don Ricardo hablade las jóvenes “de buen ver y mejor palpar”, cuando alude a los galanes que frecuentaban la taberna atendida por Ibirijuitanga y su sobrina Transverberación que pretendían “tomar la medida de la cenceña medida de la joven” (op. cit. pág. 333).

En cuanto al sentido más bajo, el olfato, aparece solo en una sinestesia; en la tradición “Ir por lana y volver trasquilado”, en la que le cercenan las narices al sobrino de un anciano jugador de naipes. A partir de allí empezaron más desgracias para el pobre desnarigado, pues:

La aventura mal aventurada de las narices tuvo para él, por consecuencia final, la de que su novia, que era una limeñita que calzaba zapatos que parecían hechos por mano de ángel y para caminar sobre nubes, le expidiera pasaporte en regla y se hechara a corresponder las carantoñas y cucamonas de Perico Carrosela, uno de los desnarizadores. La niña era de esas que con solo mirarlas siente un cristiano calambres en las piernas y temblor en la barba. ¡Digo, sería linda! Compadezco al galán que, por carencia de narices, no pudo disfrutar del perfume de esa rosa pitimini. Flores tales no las hizo Dios para los chatos (op. cit. pág. 122).

Desde luego que las sinestesias usadas con más frecuencia son las de la vista y las del gusto pues Palma habla de mujeres “rubias como caramelo (op. cit. pág. 289) de dientes blancos como almendras”, de “boquitas colocadas como guindas” o de una “morenita sonrosada como la Magdalena,... ojos negros... boquita más roja y agridulce que la guinda (op. cit. pág. 1437), mujeres de miel y azúcar cande que tienen protuberancias de oriente y occidente”, de las limeñas de “rechupete y de palillo (pág. 801), de jóvenes de “boca entre turrón almendrado y confitado de cerezas” que no son “bocatto” di cardenale sino de concilio ecuménico.

Aparte de la belleza, de que hemos hablado tan largamente por ser la que más atrae, otras opulencias del supremo son la riqueza, la fama y el poder. Palma pone como ejemplo a Doña María Lazcano viuda de Barbarán, hermosa y también famosa que “era andaluza y de agraciada lámina, a pesar de que ya frisaba en los cuarenta y cinco diciembres; y lo zalamero y nada orgulloso de su carácter le habían conquistado muchas simpatías entre la gente del pueblo” (op. cit. pág. 112). Pero que, además, tenía poder, claro que un poder reducido a las bancas de la iglesia, pero poder al fin y al cabo:

En 1547 no era la viuda de Barbarán la única dama española con supremacía o prestigio en la ciudad fundada por Pizarro.

Acostumbraba Doña Ana que era muy gentil hembra de 30 navidades bien disimuladas ir a misa en compañía de la mujer del Mariscal Alonso de Alvarado, y su criada se encargaba de tender las alfombrillas sobre la losa que cubría una sepultura. La costumbre, según Doña Ana y según muchos publicistas constituye lo que llaman *derecho consuetudinario* y parece que como a tal lo acataban las trujillanas, pues ninguna osaba arrodillarse en aquel sitio tenido como propiedad exclusiva de la ex gobernadora y de su amiga la mariscala (op. cit. pág.112).

Para concluir, debemos recapitular señalando que, de las seis opulencias del Supremo, se encuentran ejemplos encarnados en las Tradiciones: la belleza, la juventud, la riqueza, la fama, el poder y el conocimiento.

Desde luego que la relación entre los personajes, como señalan las Vedas, es una relación física solamente (no sutil) y así lo señala Ricardo Palma en su tradición “María Abascal”:

El amor romántico o platónico es algo que se parece mucho al vino aguada. Eso de querer por sólo el gusto de querer no tiene sentido común. *El hombre es fuego, la mujer, estopa, y como el diablo pasa día y noche sopla que sopla*, por sabido está lo que discretamente callo (op. cit. pág. 956).

Con la cantidad de referencias que hemos seleccionado para esta exposición pareciera que Ricardo Palma tiene una visión degradada y degradante de la mujer–mujer que es la que atrae a los varones. Sin embargo, en una tradición “La protectora y la libertadora” hace una comparación completa de las características de la mujer–mujer y la mujer–hombre tomando en cuenta aspectos psicológicos, conductuales, cualidades positivas y negativas, gustos, etc.

Hablando en primera persona usa el pronombre personal, que por enunciarlo en castellano, que no es necesario, se convierte en enfático:

Yo, que tuve la buena suerte de conocer y tratar a la favorita de San Martín y a la favorita de Bolívar, puedo establecer cardinales diferencias entre ambas. Física y moralmente eran tipos contrapuestos (op. cit. pág. 962).

Rosa Campusano es la preferida de Palma, pues dedica una larga tradición a ella sola con el título de “Doña Rosa Campusano (“La protectora”) e incluso habla de su hijo llamado Alejandro que fue su condiscípulo cuando estaba en un colegio de “instrucción preparatoria” a los trece o catorce años. Y fue él quien condujo a Palma para que la conociera:

Su conversación era entretenida y no escasa de chistes limeños, si bien a veces me parecía presuntuosa por lo de rebuscar palabras cultas (op. cit. pág. 952).

Siguiendo con la comparación de las protagonistas de la tradición, “La protectora” y “la libertadora” anota Palma:

En la Campusano vi a la mujer con toda la delicadeza de sentimientos y debilidades propias de su sexo. En el corazón de Rosa había un depósito de lágrimas y de afectos tiernos, y Dios le concedió hasta el goce de la maternidad que negó a la Sáenz (op. cit. pág. 962).

Lo que contrasta con Doña Manuela a la que califica en forma clara:

Doña Manuela era una equivocación de la Naturaleza, en forma esculturalmente femenina encarnó espíritu y aspiraciones varoniles. No sabía llorar, sino encolerizarse como los hombres de carácter duro (op. cit. pág. 962).

Sus costumbres también eran diferentes:

La Protectora amaba el hogar y la vida muelle de la ciudad, y la Libertadora se encontraba como en su centro en medio de la turbulencia de los cuarteles y del campamento. La primera nunca paseó sino en calesa. A la otra se la vio en las calles de Quito y en las de Lima cabalgada a manera de hombre en brioso corcel, escoltada por dos lanceros de Colombia y vistiendo dolmán rojo con brandeburgos de oro y pantalón bombacho de cotonía blanca (op. cit. pág. 962).

La Sáenz renunciaba a su sexo, mientras que la Campusano se sentía mujer–mujer y estaba orgullosa de su sexo. Por ello, Ricardo Palma confiesa en primera persona que:

Decididamente, Rosa Campusano era toda una mujer, y sin escrúpulos, haber sido yo joven en sus días de gentileza, me habría descrito en la lista de sus enamorados... platónicos.

La Sáenz, aún en los tiempos que era una hermosura, no me habría inspirado sino el respetuoso sentimiento de amistad que le profesé en su vejez.

La Campusano fue la mujer–mujer.

Las Sáenz fue la mujer–hombre (op. cit. pág. 962).

En la cita anterior podemos observar que Palma no solo usa el pronombre enfático sino que los puntos suspensivos antes del adjetivo “platónicos”, revelan un silencio irrespetuoso ante la madre de un amigo y una mujer con las cualidades positivas de la mujer – mujer. En cambio, al describir a Manuela Sáenz lo hace como una “hermosura” que es el summum de la belleza, no con un valor adjetival sino sustantival pues es la belleza misma. Más aún, señala con un adjetivo “respetuoso” que expresa explícitamente un sentimiento de amistad (op. cit. pág. 963).

Como es de verse de las citas anteriores en ambos casos se trata de mujeres–hombres, en cierto sentido, pero que en realidad mujeres con características femeninas. Incluso en la tradición de “Una mujer de rompe y raja” Palma distingue que incluso “la lunareja” cuya lenguaje se caracterizaba por la procacidad propia de un hombre grosero “... en el “cuchitril de Gertrudis La *lunareja*... era cosa de taparse los oídos con algodones para no escucharla y hechas por la boca de espuerta que Dios le dio sapos, culebras y demás alimañas». (op. cit. pág. 969), el tradicionista considera que aun ella es una mujer y por eso hace suyos el comportamiento del alcalde que:

Impuesta de toda la autoridad vaciló mucho, el desgraciado Torre Tagle para poner coto al escándalo, repugnaba a su caballerosidad las penas del bando en una mujer (op. cit. pág. 970).

La mujer-hombre

En estos casos ya no se trata de mujeres con cualidades de hombre si no de verdaderas mujeres-hombre. El caso paradigmático es “Juana la marimacho” que no solo tenía costumbres masculinas, se vestía como hombre, jugaba dados mejor que un tahir, rejoneaba y peleaba “como cualquier guapo” (op. cit. pág. 222).

De quien dice Palma:

Con Juana de Breña hizo la naturaleza idéntica mozonada que con la *Monja Alférez*, equivocó el sexo. Bajo las redondas y vigorosas formas de la gallarda mulata escondió las más varoniles inclinaciones. Las mujeres cuya sociedad esquivaba, la bautizaron (no sin razón) con el apodo de la *marimacho* (op. cit. pág. 922).

Palma explica el caso con detalle, las inclinaciones varoniles que desde la infancia tenía Juanita Breña pese que su padre la amonestaba.

–¡Juana, no te metas a hombre!

Sermón perdido. Con los años se iba desarrollando más y más en la muchacha la inclinación a ejercicios de sexo fuerte. (op. cit. pág. 922).

Pese a ello Palma no puede olvidar que tiene algo de mujer y, además, con su inclinación a compadecerse de la mujer que estaba en dificultades, cuenta que un día rejoneando fue atacado por un vacuno:

El pueblo exhaló inmenso alarido, sobresaliendo entre todas las voces la del catalán, padre de Juana, que gritaba:

–¡Toma, china de mis pecados! ¡Métete a hombre!

A algún santo muy milagroso debió en su cuita de encomendarse la infeliz, pues solo así se explica que, sin más que el susto y algunas contusiones, hubiera escapado viva de los cuernos del animal (op. cit. pág. 922).

Como en otros casos, el adjetivo de “terrible” alarido, del cual tomó parte Palma y de “infeliz”, revelan su compasión en el sentido latino de sufrir con el otro.

La mujer–madre

Según la filosofía Samkhya de la creación, la diferencia entre el hombre y la mujer es parte de la conciencia cósmica que determina la existencia de veinticuatro principios entre los que se encuentran el Purusha, principio masculino y el Prakruti, principio femenino. El Prakruti crea todas las formas del universo mientras que el Purusha, es el testigo de la creación. Traducido a nuestra realidad y aplicado al tema que estamos tratando, la mujer es la que engendra la vida, la que la hace posible. Por ello, la verdadera mujer es la mujer–madre que nosotras encontramos en la tradición “Haz bien sin mirar a quién” en la que Juana María de Valladolid salva a un hombre que pide asilo en su casa como si lo hiciera en una iglesia:

Andrés Moreno, hallábase en la puerta de su humilde choza cuando un hombre, jadeante y casi exánime, se detuvo delante de ella y le dijo:

–¡Por Dios! escóndame... acabo de hacer una muerte y me persiguen...

–Entre usted – le contestó sin vacilar la pobre mujer (op. cit. pág. 556).

Ricardo Palma ya conocía el acontecimiento en que fue asesinado el hijo de la protagonista de la tradición que estamos

comentando y que, desde luego, no fue sabido por Juana María, hasta ese momento. Solo el adjetivo que Palma usa, “pobre”, revela el sentimiento de conmiseración que le provoca el futuro sufrimiento de la madre. Sin embargo, la protagonista descubre en el diálogo la desgracia ocurrida y, al enterarse de que era el asesino de su propio hijo actúa como la verdadera mujer – madre que ve un hijo en todo hombre:

Transcurrido poquísimos tiempo, llegaron vecinos y gente de justicia que informaron a la triste madre de su desdicha.

Horrible lucha se entabló en el alma de aquella mujer. Había dado asilo al asesino de su hijo..., y, sin embargo, no debía entregarlo. En esta lucha sin nombre, el sentimiento de caridad cristiana venció al de la venganza (op. cit. pág. 556).

En este caso, en general, el principio femenino es el más capaz de hacer salir a la persona de sí misma para servir a los otros. Esto, en el sentir de Palma también, pues en la tradición “el Nazareno” nos habla de una mujer soltera convertida en una verdadera madre de sus propios padres:

La joven abrió una segunda puerta, y me hizo penetrar en otro cuarto escasamente alumbrado por una lamparilla colocada ante la imagen de María. En los extremos se descubrían dos camas de tabla. En una de ellas estaba acostada una mujer, y en la otra un anciano, los que, al vernos entrar, gritaron, con voz angustiada:

–¡Rosa..., tengo hambre!

La pobre niña los acarició y les repartió una escudilla de comida. Los ancianos devoraron el alimento, hasta que, saciados, volvieron a gemir, exclamando:

–¡Rosa..., tengo sed!

Después de haberlos hecho beber, la joven se arrodilló en medio de ambos lechos, repartiendo sus cuidados y consuelos entre los dos infelices, mientras que yo, mudo de estupor, apartaba la vista de tan doloroso cuadro.

Pocos momentos después quedaron dormidos (op. cit. pág. 659).

Y ante ella el joven libertino que era el protagonista de la tradición solo puede tratarla con respeto y confesar que al “arrojar el manto que le ocultaba el rostro, quedé inmóvil y extasiado ante un tesoro tal de hermosura y perfecciones. Esa niña llevaba en su ser algo de seráfico, porque su magnífica belleza no hablaba a los sentidos” (op. cit. pág. 659).

Desde luego, que, según la filosofía Samkhya, Rosa, mujer–madre, provocaba reacciones superiores que conducen a lo espiritual.

Tal como lo expresa el protagonista de la tradición que comentamos:

Respeto por esa criatura tan joven y tan sublimemente bella, que en medio de la corrupción que domina a la humanidad había podido resistir a la indigencia. Su pobreza me revelaba que era una flor que crecía al borde del abismo (op. cit. pág. 658).

La cita anterior es un clarísimo ejemplo de que, en el idiolecto de Palma, los adjetivos inmóvil, extasiado, seráfico y magnífica que aparecen en la cita anterior expresan el respeto que el nazareno sentía por la joven, que a pesar de su edad era una verdadera mujer–madre.

De este modo pues podemos concluir que la mujer–hombre no atrae al hombre, la mujer–mujer lo atrae, pero su poder

de atracción es fundamentalmente físico y a veces degradante mientras que la mujer–madre puede elevarlo y, al hacerlo, puede elevar a toda la sociedad.

Bibliografía

DÁMASO, Alonso. Director de la Real Academia Española. Memoria. *En VIII Congreso de Academias de la Lengua Española*. 20 al 27 de abril de 1980. Lima, Edición del Ministerio de Educación, 1980, pág. 101–114.

ANDERSON IMBERT, Enrique. *Academia argentina de Letras*. Academia Argentina de Letras, pág. 535–5379.

BAZÁN MONTENEGRO, Dora. *La mujer en las Tradiciones Peruanas*. Madrid, Editorial Maribel, 1967.

BAZÁN DE DEVOTO, Dora. *Concolorcorvo y la ciencia del Ergo*. En Boletín de la Sociedad Peruana de Estudios Clásicos. No 4. Lima, Editora Logos, 1998, pág. 9–13.

BAZÁN DE DEVOTO, Dora. “PALMA, Ricardo; pionero de los estudios terminológicos”. En *Aula Palma*. Instituto Ricardo Palma. Discursos de incorporación, Lima, Editorial Universitaria Universidad Ricardo Palma, 1988, 1999, pág. 123–131.

BAZÁN, Dora. *Mujeres, ideas y estilo en las Tradiciones Peruanas*. Lima, Editorial Universitaria, Universidad Ricardo Palma, 2001.

BENDEZÚ Aibar, Edmundo. *Introducción a la Teoría Literaria*. Lima, Editorial Universitaria Universidad Ricardo Palma, 2003.

CASTRILLÓN VIZCARRA, Alfonso. *Entre la historia y el cuento. Ricardo Palma (1833–1919)*. Lima, Editorial Universitaria Universidad Ricardo Palma, 2009.

DÍAZ FALCONÍ. *Cronología de las Tradiciones Peruanas*. Lima, Facultad de Lenguas Modernas. Editorial Universitaria Universidad Ricardo Palma, 2005

GONZÁLEZ MONTES, Antonio. *Introducción a la Interpretación de Textos Literarios*. Lima, Editorial Ricardo Palma Universidad Ricardo Palma, 2003.

HIGGINS, James. *Historia de la Literatura Peruana*. Lima, Editorial Universitaria Universidad Ricardo Palma 2006.

HOLGUÍN CALLO, Oswaldo. *Páginas sobre Ricardo Palma*. (Vida y obra), Lima, Editorial Universitaria Universidad Ricardo Palma, 2001.

HUARAG ÁLVAREZ; Eduardo. *Estética de la creación y Técnicas Narrativas*. Lima, Editorial Universitaria Universidad Ricardo Palma, 2006.

MANYARI REY DE CÓRDOVA, Olga. *Retórica. Manual de Lenguaje figurado con analectas*. Lima, Editorial Universitaria Universidad Ricardo Palma, 2006.

MIRANDA ESQUERRE, *Introducción a las Ciencias del Lenguaje II*. Lingüística del Texto. Lima, Editorial Universitaria, Universidad Ricardo Palma, 2007.

PANTIGOSO, Manuel. *Didáctica de la interpretación de textos literarios*. Lima, Editorial Universitaria URP., 2003.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl. *Tres ensayos sobre Ricardo Palma*. Lima, Librería “Juan Mejía Baca”, 1954.

RODRÍGUEZ REA. *La Literatura Peruana en debate: 1905–1928*, Editorial Universitaria URP., 2002.

SÁNCHEZ, Luis Alberto. *Literatura Peruana. Derrotero para una Historia Cultural del Perú*. Lima, Ediciones de Ediventas S.A.

TAMAYO VARGAS, Augusto. *Literatura Peruana*. Tomo II. Lima, José Godard Editor.

TAUZÍN CASTELLANOS, Isabelle. *Las tradiciones Peruanas de Ricardo Palma: claves de una coherencia*.

VASANT LAD. *Ayurveda. La ciencia de curarse a sí mismo*. Dr. Vasant Lad: México, D.F. Arbol editorial, s.a. de C.L, 1988, pág. 15 y 21-23.

VYASADEVA. *El Bhagavad Gita, tal como es*. Buenos Aires. The Bhaktivedanta Book Trust, 1984.

VYASADEVA. *El Srimad Bhagavatam*. 12 tomos. Barcelona. España. The Bhaktivedanta Book Trust.

VYASADEVA. *The Mahabaratha. New Delhi*. India. Munshiram Manoharlal Publishers ct. Ltd. 9ª edición. 14 tomos, 1990.